



Revista de Estudios Taurinos
Nº 5, Sevilla, 1997, págs. 195-206.

Álvarez Velázquez, Ramón R.: *Antonio Reverte, el último torero de leyenda*, Sevilla, Ediciones Giralda, 1995, 205 págs. con ils., en folio menor, pasta dura, tela, sobrecubierta.

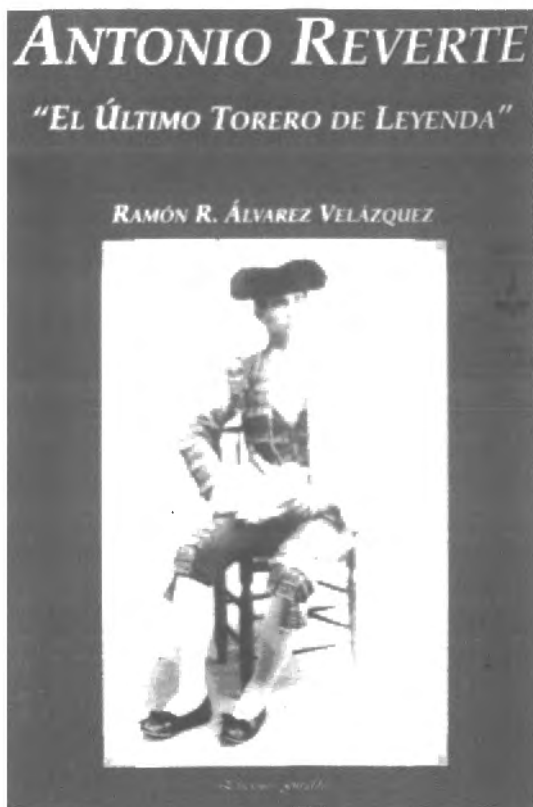


Fig. nº 38.— Portada del libro *Antonio Reverte, el último torero de leyenda* (Apud.: Álvarez Velázquez, 1995).

La conmovedora biografía del matador Reverte (1869-1903), recientemente editada por Ediciones Giralda de Sevilla con el patrocinio del Ayuntamiento de Alcalá del Río, es una publicación póstuma a su autor, Ramón R. Álvarez Velázquez, médico de profesión, fundador de la Acción Cultural *Marcos García Merchante*, entidad dedicada a la investigación y difusión de los valores artísticos e históricos de Alcalá del Río, ciudad de donde, nuestro malogrado autor, era natural. Desde esa tan loable institución, Ramón R. Álvarez Velázquez, como responsable de la Sección de Tradiciones y Costumbres populares, ejerció una tan inolvidable actividad que la villa, en testimonio de agradecimiento y para honrar su memoria, ha rotulado una plaza con su nombre.



Fig. n.º 39.— *Fotografía de Antonio Reverte en el estudio de Valentín Gómez, Madrid. (Apud.: Álvarez Velázquez, 1995: 117).*

Pronto hará un siglo que Antonio Reverte, el torero de las coplas, de los cantares y de los amores, descansa en la cripta de la capilla de la Vera-Cruz de Alcalá del Río. Reverte fue una estrella fulgurante que cruzó, vertiginosa, la gloria taurina pero ¡ay! lució apenas dos lustros. Una gran figura del



Fig. n.º 40.— *Retrato de Reverte*. La coleta vista desde varios ángulos (Apud.: Álvarez Velázquez, 1995: 117).

toreo que sobresalió por su arrojo, por su capacidad imaginativa para inventar nuevas suertes y por su personalidad arrolladora que fascinaba a los públicos y que desbordando los propios límites de las plazas de toros de España y América y comunicaba con públicos que trascendían al círculo de la mera «afición» taurina.

¡El valor! Una de las características esenciales del toreo de Reverte fue el valor doblado por el pundonor. De todo el rico anecdótico que recoge de distintos y variados tes-

timonios el bien documentado libro de Ramón R. Álvarez Velázquez traigo hasta aquí una hazaña que lo define con una precisión abrumadora: «A Reverte le vi otra vez dar la vuelta al ruedo en un toro que le echaron al corral. Era un marrajo de esos que vienen por el dinero de la temporada. Por más que hizo Reverte no pudo con él. Le tocaron un aviso tras otro y salieron los mansos. Reverte se colgó al cuello del toro, intentando apuntillarlo y así, rodeado de los mansos, pero sin cejar en la lucha desesperada, entró con su enemigo a los corrales. La emoción que se produjo fue indescriptible, y la ovación con que le premiaron, ensordecedora...» (pág. 106).

¡La imaginación! Reverte siempre fue un maestro de amplio y variado repertorio. La suerte que más lo distinguió fue la de los «cambios con el capote al brazo». Así lo reconocieron los más exigentes críticos de la época. Borrell alude a su «destreza verdaderamente excepcional de su mano izquierda». Sánchez de Neira, a su «frescura y atrevimiento en los trances más difíciles». Ambos, a sus famosos recortes capote al brazo, «aguantando empuje y vaciando con vista de lince». Los recortes de Antonio Reverte capote al brazo constituían un espectáculo que producía una impresión perdurable. Era una suerte extraña, hija quizá de los duelos a navaja entre majos y chisperos, que sólo Reverte practicaba y que, si hemos de creer a los revisteros de la época, era rarísimo contemplar. Según el crítico Félix Borrell el torero esperaba al toro, no con el capote desplegado, apercebido a la defensa, sino recogido y doblado sobre el brazo, recogido. El efecto era tal si esperar al toro a cuerpo limpio. El toro se arranca. El matador, impávido, aguanta la embestida, juega ligeramente su brazo, carga la suerte con la pierna contraria, quiebra débil-

mente su cintura al tiempo que da salida con el recogido capote. El toro pasa burlado y vuelve, con redoblado ímpetu mientras el torero repite el lance dos, tres, hasta cuatro veces.



Fig. n.º 41.— *Reverte vistiéndose para torear, ayudado por sus hermanos Diego y Manuel* (Apud.: Álvarez Velázquez, 1995: 130).

Los «cambios» con el capote al brazo no sólo fue la suerte que, frente a otros toreros, distinguió a Reverte sino que fue, prácticamente, él único en practicarla. Esta destreza aparece en Reverte, misteriosamente, en el momento mismo en que se enfrenta, por primera vez en su vida, a un toro de carne

y hueso. Y es a través de ella que circula nuestro torero hasta la cima de la torería. Con las siguientes palabras lo describe Antonio Díaz-Cañavate: «Fue primero una hazaña del chaval aspirante a torero. Lugar de la escena: la corraleta de una dehesa. En ella hay encerrado un toro bravo. Un tropel de maletillas trepa por las tapias de su encierro “¡Vaya pájaro!”, exclama uno. “Yo no me tiro”, dice otro. “Ni yo”, “ni yo”, “ni yo”... “Pues yo sí —dijo Reverte—; dadme el capote que ahora veréis como desplumo al pájaro este». Ya está en el suelo el mozo. Ya está el toro sobre él. No le ha dado tiempo de desplegar el capote que lleva arrollado en el brazo derecho. Para librarse de su embestida, adelanta el paso con el capote plegado, aguanta el empuje, le da salida recortándolo. El toro rebota, pero se revuelve rápido. Una y otra vez se repite el lance. El toro no cede. El torero tampoco. Los maletillas están angustiados. “¡Lo coge!” “¡Lo esbarata!””. No lo coge. No lo “esbarata”. El toro, destroncado por la mano ágil, el cuerpo flexible y el corazón animoso, renuncia a la porfía y jadeante se para. Antonio Reverte, despectivo, le vuelve la espalda y dirigiéndose a sus compañeros, les pregunta: “¿Se me ha mudao la color?”» (pág. 20).

¡Un generoso benefactor de su pueblo! Reverte, simultáneamente, y a lo largo de su carrera de matador, ejerció un destacado papel de héroe benefactor de su villa natal lo que la ciudad recuerda y conmemora erigiéndole un monumento en la plaza donde él y su familia vivían.

Valor, imaginación y generosidad elevaron a Reverte hasta el olimpo de los héroes. Sánchez de Neira, el principal aristarco de la crítica de la época, a pesar de sus resistencias, también cayó fascinado por el sortilegio de un torero que parecía inventar ante las solicitudes de la muerte: «Reverte

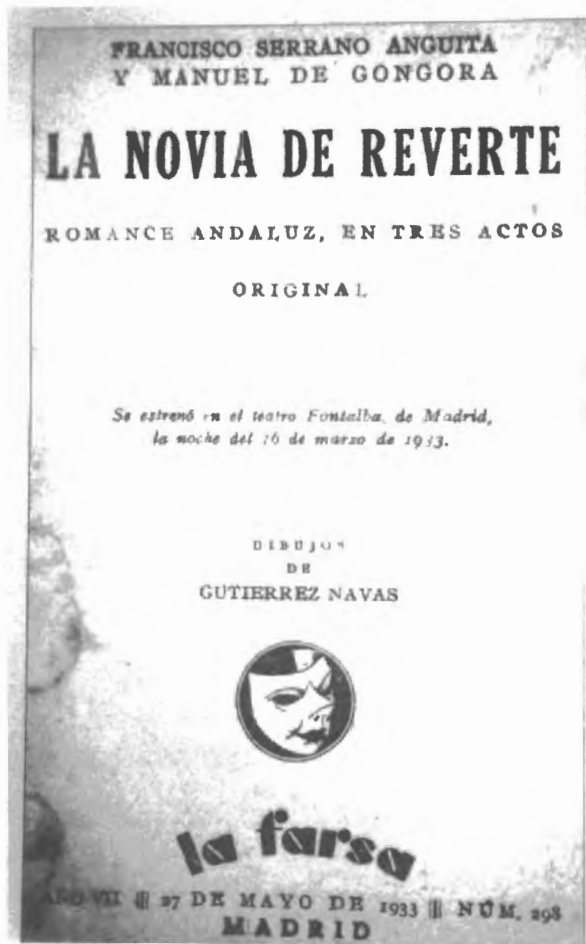


Fig. n.º 42.— *La novia de Reverte*. Portada del libro que recoge la obra que se presentó en Madrid en marzo de 1933 (Apud.: Álvarez Velázquez, 1995: 54).

consigue tan brevemente predisponer al público en su favor, que es cuestión de que el toro y él se encuentren en un punto dado. Su exagerado valor, del cual se complace en hacer alarde, derrochándolo verdaderamente, le conquista desde luego, las simpatías del espectador; sus cambios capote al brazo, su frescura y atrevimiento en los trances difíciles, sus pares de banderillas, quebrando tan en corto que parece que no tiene salida sin enganche o revolcón y hasta el modo de entrar a herir son causa de que arrebate hasta el frenesí a los concurrentes, que en aquel momento no pueden pararse a discernir, por la sugestión que en ellos ejerce el poder de la valentía, si el Arte o la Providencia han ayudado a salvar el peligro» (pág. 60).



Fig. n.º 43.— Estado actual de la capilla donde se aprecia, en el suelo, la lápida (Apud.: Álvarez Velázquez, 1995: 195).

Como nos ilustra el autor, Reverte tomó la alternativa de manos de *Guerrita*, el torero más importante de finales del siglo XIX lidiando un toro del Marqués del Saltillo de Carmona y, pronto fue, por la crítica taurina, clasificado entre las primeras figuras de la constelación de la época. Su carrera fue tan vertiginosa que sólo un año después de recibir el doctorado ya había ascendido a la cumbre y estaba toreando con *Guerrita*. Comparte cartel, en la última década, con las grandes figuras que constituían el olimpo de matadores: Mazzantini, Antonio Fuentes, *Bombita*, *Lagartijo*, Algabeño, *El Espartero*, etc. En su carrera, corta sólo de doce años, compartió cartel, en repetidas ocasiones, con *Guerrita* y Mazzantini, es decir, era esencial para componer el cartel más brillante que, en aquella época, podía imaginarse.

Después de haber seguido año tras año a través de una documentación exhaustiva la vertiginosa gesta de Reverte, el autor, nos propone el siguiente y bien fundado juicio: «Con la finura de un Fuentes, el valor temerario del *Espartero*, la espada certera —de extraordinaria importancia en la época— de Mazzantini y el magisterio y poderío de quien ha sido —con toda seguridad— un auténtico monstruo de todos los tiempos, se encuadra Antonio Reverte, quien no se podrá comparar con ninguno de ellos, de la misma forma que cada uno tiene una personalidad y una concepción del toreo absolutamente genuina. No son ni más ni menos, que el repoquer de ases de una baraja en la que participa el toro cincoño, poderoso y sin la pérdida de un ápice de su fiereza, la crítica severa y un público apasionado, que aún no conoce otras formas masivas de distracción que no sean las que le proporciona la Fiesta española por excelencia» (pág. 35).

Desapareció joven, demasiado joven. Primero murió el torero y, pocos años después, dejó de existir el hombre. Un

toro de Ybarra, *Grillito* de nombre, en la plaza de Bayona de Francia, lo rompió el 13 de septiembre de 1899. Los toros de Eduardo Ybarra demostraron mucho poder y, como precisa Álvarez Velázquez, por delante de Reverte mandaron a la enfermería a los cuatro picadores ¡Diecisiete caballos murieron aquella tarde en que *Grillito* echó de los ruedos a este torero grande! Sobrevivió a una cogida atroz, volvió a torear al año siguiente y abrió con mediano éxito la temporada en la Plaza de Campo Pequeno de Lisboa. A partir de entonces todavía lidió algunas corridas con el sitio muy menguado, sufría arrollones, se resentía de la pierna, había perdido agilidad y aplomo. Sin embargo, crecido en el castigo, decidió hacer la temporada en América. Comenzó flojo pero se vino arriba y en el último tramo fue de triunfo en triunfo. El 22 de diciembre de 1902 consigue en México el mayor éxito de la temporada pero vuelve de nuevo a la enfermería. Oigamos las palabras de Carlos Quirós allegadas por la estupenda documentación pacientemente recogida por Ramón Álvarez Velázquez: «Tras una estocada al último, y después de arrodiillarse y rascarle el testuz, Antonio empieza a andar rumbo al estribo. El toro, fascinado, le sigue y una vez que vuelve, Antonio, la cara para saludar a los que le aplauden, arráncasele el bicho, lo encuna y lo arroja a gran distancia. Toda la cuadrilla acude al alivio y Reverte se levanta impávido, le da cinco rodillazos más y la tira la puntilla a la ballestilla, haciendo al burel desplomarse, falto del vital aliento».

Los ecos del clamoroso éxito los trae el valiente matador hasta Madrid. Mas ya no se repone y, por consejo de los médicos, se somete a una intervención de cuyos resultados muere. Era el 13 de septiembre de 1903. Fallecía, pues, recién cumplidos los 35 años.

El valor, la inventiva, la generosidad, la simpatía de Reverte empujaron a que poetas, artistas, músicos, novelistas, rapsodas y tonadilleros se entregaran, con sus creaciones,



Fig. n.º 44.— *Monumento erigido a Reverte en su pueblo natal frente al Ayuntamiento y su casa familiar (Apud.: Álvarez Velázquez, 1995: 201).*

a recrear la imagen del matador ya antes de que hubiera alcanzado, con en el éxito, la cumbre del toreo. Cerremos esta recensión con un soneto que le dedicara Villaespesa:

«El popular torero de los cantares,
de talle de palmera y ojos de moro,
todo resplandeciente de seda y oro
bajo los resplandecientes rayos solares.

Con su muleta barre los costillares,
mientras Sevilla entera le aplaude en coro,
y airado se revuelve, bramando, el toro
rozando con sus astas los alamares.

Liada la muleta tiene Reverte,
y enfilado el estoque para dar muerte
y tender a sus plantas a su enemigo...

Y, rasgando el silencio, de pronto, suena
una voz femenina, rota de pena:
¡No te tires, Reverte; vente conmigo!».

Así, con análoga pasión, con parecida curiosidad, con
un concienzudo trabajo de investigación, trajo con nosotros a
Reverte, el malogrado alcalareño Ramón Álvarez Velázquez.

Pedro Romero de Solís
Fundación de Estudios Taurinos

